Imprimir

En 1947, Karl Jaspers publicó un breve libro titulado La cuestión de la culpa alemana (Die Schuldfrage)[1]. Era la época de una Alemania devastada en cuerpo y alma, un pueblo paria, deshonrado ante el mundo entero, una vergüenza para la humanidad, gobernada de forma autoritaria y militar por los aliados victoriosos. Jaspers propone cuatro tipos de culpabilidad: la culpabilidad criminal, la culpabilidad política, la culpabilidad moral y la culpabilidad metafísica. La culpabilidad penal es la culpabilidad de aquellos que violan la ley nacional o internacional y que deben ser juzgados por los tribunales (en este caso, el Tribunal de Nuremberg). La culpa política es la culpa de todos los ciudadanos de un Estado que cometió tales atrocidades, independientemente del papel activo o pasivo que desempeñaron en su ocurrencia. La culpa moral es la culpa de cada individuo ante su conciencia, una culpa que no se borra por el mero hecho de haber obedecido órdenes, la corresponsabilidad por no haber hecho nada para evitar semejante monstruosidad, semejante barbarie, aunque hacer algo supusiera arriesgar la propia vida. Por último, la culpa metafísica (un concepto especialmente controvertido) es la culpa de haber sobrevivido a tanta muerte injusta, de haber sido testigo de tanto crimen, aunque uno fuera inocente; es, en definitiva, la culpa ante Dios.
Aunque muy rica, la distinción entre modos de culpa propuesta por Jaspers no incluye un modo de culpa que me parece crucial en la modernidad occidental. Me refiero a la culpa histórica, la culpa de un pueblo por haber participado o consentido el exterminio completo o incompleto de otro pueblo. Se puede decir que la barbarie nazi se dirigió contra un pueblo distinto, el judío, pero lo cierto es que también se dirigió contra homosexuales, gitanos, discapacitados, eslavos y que los judíos eran tan alemanes como sus asesinos, aunque también fueran exterminados polacos, ucranianos, rusos, húngaros y muchos otros judíos. La culpa histórica es el lastre existencial que permanece en el corazón de un pueblo que se beneficia objetivamente del sacrificio injusto de otro pueblo, aunque ese sacrificio haya tenido lugar hace mucho tiempo. En la modernidad occidental, el colonialismo y todas las atrocidades que lo acompañaron (genocidios, esclavitud, trabajos forzados, deportaciones, robo de tierras y de bienes culturales) son el principal lastre de la culpabilidad histórica y, por tanto, el que justifica más notablemente las reparaciones.

No comentaré la culpa metafísica de Jaspers porque no me reconozco en los presupuestos

religiosos que la sustentan, pero todas las demás, más la culpa histórica, tienen toda la relevancia para entender y juzgar el genocidio en curso del pueblo palestino. Empecemos por la culpa histórica. De formas diferentes pero convergentes, Europa, Estados Unidos e Israel comparten el mismo tipo de culpa. Es una historia profundamente entrelazada, llena de complicidad y antagonismo. Europa encabezó el colonialismo moderno y lo justificó en nombre de un principio que se ha adoptado en muchas situaciones hasta nuestros días, el principio de superioridad civilizacional anclado en la superioridad racial. Este principio ha tenido tres manifestaciones principales: el principio del pueblo elegido de los colonialistas estadounidenses, el pueblo racialmente superior de los alemanes nazis -el pueblo de los amos (los Herrenvolk)- y el pueblo elegido del Dios hebreo. La especificidad de esta última manifestación reside en el hecho de que el pueblo judío fue víctima de la superioridad racial nazi y se convirtió en verdugo del pueblo palestino al asumir la forma de un Estado sionista. A partir de su inmensa tragedia como víctimas, se creó la oportunidad para que se convirtieran en agresores. En otras palabras, la creación del Estado de Israel es el doble resultado del atroz crimen contra el pueblo judío (reducido a la mitad como consecuencia del Holocausto) cometido por los alemanes durante el periodo nazi. Es también el resultado del colonialismo europeo, que hizo posible la creación del Estado de Israel en un protectorado colonial británico, el territorio de Palestina, una creación y una ocupación típicamente coloniales, llevadas a cabo contra la voluntad de los pueblos que allí vivían.

Pero la imbricación recíproca de las múltiples refracciones del colonialismo y el racismo no termina ahí. Israel y Estados Unidos comparten el mismo impulso genocida que subyace al colonialismo europeo. Estados Unidos fue originalmente una colonia que, al independizarse de Inglaterra, se convirtió en un Estado colonial y, como tal, poseía un ADN genocida. EEUU es el país que hoy conocemos gracias al genocidio de los pueblos indígenas, del mismo modo que el Estado de Israel ha sido desde el principio un Estado colonial en cuya matriz está inscrito el genocidio del pueblo palestino, un genocidio cometido gota a gota desde 1948, y ahora en proceso de consumarse con la más salvaje brutalidad.

El Estado de Israel, sea cual sea el resultado de las atrocidades en curso, está siendo considerado un Estado paria por muchos países y buena parte de la opinión pública mundial.

Como lo fue Alemania tras la derrota del nazismo. Aquí se plantean dos cuestiones.

La condición de Estado paria

La primera pregunta es por qué Estados Unidos, a pesar de basarse también en el genocidio (el genocidio de los pueblos indigenas), nunca ha sido considerado un Estado paria. Las autoridades de los pueblos originarios ciertamente lo hicieron, tan escandalosa fue la violación de los tratados trampa entre los colonialistas y los pueblos nativos, pero su voz muy raramente fue escuchada. Además, al margen de todas las conveniencias políticas, al margen de que los intereses del Estado de Israel tienen una presencia bien establecida en el seno del Congreso estadounidense, al margen de que no sabemos cuál de los dos Estados es cliente del otro, la dificultad para que Estados Unidos condene a Israel reside en última instancia en que ambos comparten la misma condición del genocidio original. Al deslegitimar a Israel, EE.UU. estaría poniendo en tela de juicio su propia historia.

La razón por la que EEUU no fue considerado un Estado paria por la comunidad internacional es que, en el momento de su fundación, más del noventa por ciento del planeta estaba bajo el dominio (efectivo o indirecto) del colonialismo europeo. Estábamos en plena orgía colonial europea. Hoy, en cambio, vivimos la agonía de un orden internacional que se creó precisamente después del Holocausto para que no se cometieran más crímenes de este tipo.

Al referirse a la culpabilidad criminal, Jaspers considera que el tribunal de Nuremberg, a pesar de todas sus limitaciones jurídicas y de que representaba la justicia de los vencedores contra los vencidos, significó el embrión de un nuevo orden internacional en el que volvería a ser posible hablar de la humanidad en su conjunto y de la igual dignidad de todos los seres humanos. Este orden surgiría de hecho poco después con la creación de la ONU y todas las convenciones y tratados que siguieron para evitar la repetición de tales atrocidades. La propia OTAN no sólo se creó contra la Unión Soviética. También se creó contra Alemania. El embrión de este orden internacional había surgido tras la Primera Guerra Mundial con la creación de la Sociedad de Naciones y, aunque ésta quedó en gran medida arruinada por el expansionismo nazi, fue en nombre de sus principios que la Alemania derrotada fue

considerada un Estado paria.

Como predijo Jaspers, «el mundo desconfiará de nosotros durante mucho tiempo» (2000: 10); y añadió que eso era lo que caracterizaba la condición de Estado paria. El orden creado en 1948 ha sido subvertido desde 1991 (el fin de la Unión Soviética) por el país que lo encabezó, Estados Unidos. Es en nombre de este orden que Israel corre el riesgo de convertirse en un Estado paria. Si este orden se derrumba, lo que venga después pertenece al reino de la máxima incertidumbre. Con la complicidad de EEUU, Israel se está asestando a sí mismo un golpe potencialmente fatal.

¿Victoria o derrota?

La segunda cuestión se refiere al significado político de la acción militar de Israel en Gaza. Alemania fue considerada un Estado paria porque fue derrotada. En 1938, el Times de Londres publicó una carta abierta de Churchill a Hitler en la que Churchill, entre otras cosas, escribía: «Si Inglaterra hubiera sufrido un desastre comparable al que sufrió Alemania en 1918, rogaría a Dios que nos enviara un hombre con su fuerza de mente y voluntad [la de Hitler]» (2000: 88). ¿Está Israel ganando esta guerra o está siendo derrotado? En el campo de batalla es difícil responder, pero a juicio de la comunidad internacional, ya se puede concluir que Israel ha sido moralmente derrotado. El orden internacional erigido en 1948, a pesar de su retórica de valores universales, era un orden imperfecto e injusto. No condenó el colonialismo y, el mismo año en que se creó la ONU y se proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se creó el Estado colonial de Israel y se institucionalizó el sistema del Apartheid en Sudáfrica. A pesar de todo, el nuevo orden abogaba por el reconocimiento de la humanidad como un todo, formado por pueblos, comunidades e individuos dotados de igual dignidad, y por la resolución pacífica de los conflictos. Este lado positivo sigue presente en la mente de algunos dirigentes políticos y en el imaginario de la opinión pública mundial. Testigo de ello es la valiente denuncia de Sudáfrica contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia, respaldada por otras denuncias convergentes de otros países. Igualmente valiente fue la declaración del Presidente Lula da Silva el 17 de febrero en la apertura de la 37ª Cumbre de la Unión Africana contra las operaciones militares de Israel en Gaza y todo el

revuelo internacional que ha causado.

Este orden internacional ha sido violado impunemente por Estados Unidos, y todo apunta a que Israel seguirá su ejemplo, haciendo prevalecer sus intereses. ¿Es posible, en estas condiciones, hablar de derrota? Según Immanuel Kant, la guerra debe llevarse a cabo de tal manera que sea posible la reconciliación al final de las hostilidades (2000: 48). Es bien sabido que Hitler condujo la guerra contraviniendo claramente la sabiduría de Kant. La reconciliación no es posible con un pueblo exterminado o con cadáveres destrozados. Esta es la forma en que las fuerzas armadas israelíes están conduciendo la guerra en Gaza, cometiendo crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Seguramente argumentarán que los vencedores prescinden de la reconciliación. Pero en el mundo actual, que se atreve a pensar en la humanidad como un todo y en la igual dignidad de la vida humana, todos somos Palestina. Con esta Palestina en sentido amplio, la reconciliación con Israel nunca será posible, gane o pierda la guerra en el campo de batalla. La gran victoria de Palestina ha sido trasladar el criterio que decide la victoria o la derrota del campo de batalla al campo de la ética internacional. Y en este campo Israel está definitivamente derrotado. Como Jaspers dijo amargamente sobre su país, el mundo desconfiará de Israel durante mucho tiempo.

Esta desconfianza no es como cualquier otra. Es una desconfianza hacia la estructura política que dice representar a un pueblo que fue víctima de la brutalidad de Hitler y que todos los demócratas del mundo defendieron contra el virus del antisemitismo que precedió durante mucho tiempo al extremismo de Hitler y que continuó después de Hitler en el pensamiento y las acciones de los grupos de extrema derecha. ¿Cómo es posible que esta extrema derecha domine hoy la política israelí y que su propaganda internacional invierta contra todos los que han defendido la causa judía? Nosotros, que siempre hemos luchado contra el antisemitismo, no nos hemos equivocado. Israel se equivoca trágicamente. Es crucial que no confundamos al pueblo judío con el Estado judío de Israel. Es crucial que los demócratas del mundo se preparen para dos luchas muy difíciles. Por un lado, seguir defendiendo al pueblo palestino, con la certeza de que, a excepción de Estados Unidos, los Estados coloniales nunca han ganado, y los pueblos colonizados han conseguido, a costa de mucha sangre inocente, su liberación. Palestina vencerá. Por otro lado, acoger a los ciudadanos de Israel, judíos y no

judíos, que al final de la guerra (siempre acabará) sentirán que sólo les unen características negativas: la culpa política, moral y metafísica (para los creyentes) de haber consentido o sobrevivido a una crueldad tan salvaje; la desconfianza del mundo futuro hacia un pueblo que, habiendo sufrido tanto, creíamos incapaz de provocar el genocidio de otro pueblo; la sensación de fatalidad de ser vistos como una no-comunidad después de siglos de lucha por una identidad común.

Condeno firmemente las acciones violentas de Hamás contra la población civil, pero me niego a considerar a Hamás una organización terrorista[2]. Israel es un Estado colonial y la historia nos enseña que los pueblos colonizados siempre han buscado una solución pacífica para poner fin a la dominación colonial. Recurrieron a la lucha armada como último recurso. Aún recuerdo bien cómo en 1973 la prensa portuguesa consideraba a Amílcar Cabral (Guinea-Bissau), Samora Machel (Mozambique) y Agostinho Neto (Angola) peligrosos terroristas que perturbaban la paz y el orden en » nuestras provincias de ultramar», término utilizado por el fascismo para referirse a las colonias portuguesas. Un año después, esos mismos «terroristas» eran celebrados en sus propios países como heroicos libertadores de su patria. Gracias al papel que las luchas anticoloniales habían desempeñado en el derrocamiento del régimen fascista, los nuevos héroes también fueron celebrados en Portugal, que finalmente había sido liberado por la Revolución de los Claveles (25 de abril de 1974) de la dictadura de 48 años de Salazar. De eso hace sólo cincuenta años. La Historia tiene una paciencia que supera la de los humanos. Traducción de Bryan Vargas Reyes

---

[1] Karl Jaspers, The Question of German Guilt. Translated by E.B.Ashton. New York, Fordham University Press, 2000.

[2] El uso de túneles contra el opresor fue igualmente utilizado por la resistencia judía, por ejemplo, en el gueto de Varsóvia y en el gueto de Novogrudok (hoy Bielorrusia). Consultar Colin Miazga, Paul Bauman, Alastair McClymont, and Chris Slater, «Geophysical investigation of the Miła 18 resistance bunker in Warsaw, Poland» First International Meeting for Applied Geoscience & Energy Expanded Abstracts, (https://doi.org/10.1190/segam2021-3594939.1);

Eran Zohar, «Jewish subterranean operations in major east European ghettos» Holocaust Studies A Journal of Culture and History. Volume 26, 2020 – Issue 1,1-37; Betty Brodsky Cohen, «The Warsaw Ghetto Uprising and the Novogrudok Tunnel Escape», The Jerusalem Post, 19 de Maio de 2022.

.....

Boaventura de Sousa Santos, Académico portugués. Doctor en sociología, catedrático de la Facultad de Economía y director del Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coímbra (Portugal). Profesor distinguido de la Universidad de Wisconsin-Madison (EE.UU.) y de diversos establecimientos académicos del mundo. Es uno de los científicos sociales e investigadores más importantes del mundo en el área de la sociología jurídica y es uno de los principales dinamizadores del Foro Social Mundial.

Fuente:
https://www.other-news.info/noticias/europa-israel-y-estados-unidos-el-triangulo-de-la-culpabilidad/

Foto tomada de: Forbes México